

Hablo desde una postura de reconocimiento de lo mucho que he recibido en estos años de numerosas mujeres con las que he estado y estoy en relación política y de pensamiento, en distintos contextos de creación femenina. Mujeres: algunas a las que reconozco autoridad, otras que considero más compañeras de camino, otras que dicen haberse sentido alumnas mías pero de las y con las que he aprendido. De maneras distintas, nos ha unido un vínculo de descubrimiento y reconocimiento, de naturaleza fuertemente política, de genealogías simbólicas femeninas: hemos atesorado palabras y obras de mujeres del pasado, cuya originalidad y fidelidad a sí mismas han tenido la fuerza de romper los cánones patriarcales de pensamiento con conflictos fecundos o desplazamientos a otro nivel. Hasta el punto de que hoy estamos en presencia de conversiones culturales y simbólicas, algunas de ellas radicales, en muchos campos del saber, con efectos liberadores, gracias a una inteligencia femenina del mundo ofrecida a todos. Y hemos hablado de genealogía, más que de tradiciones, precisamente por su carácter abierto y naciente, y por el elemento de puesta en juego subjetiva y afectiva en el acto de reconocerlas, de crearlas y re-crearlas, dándoles un nuevo inicio también a través de nuestra mediación política y nuestro hacer educativo en las escuelas, en las universidades, en muchos de los lugares en los que estamos. Desde este punto de vista, todavía queda mucho por hacer; en cierto sentido, estamos solo en el principio. Por ejemplo, a los lugares de la investigación y del saber que se consideran prestigiosos, como la universidad, les cuesta reconocer esta fuerza simbólica femenina subversiva, antigua y nueva, que sí circula en otros lugares, así como registrar la existencia de genealogía docente y discente femenina, basada en la confianza, en la práctica del *affidamento*, en la autoridad

\* Traducción de María José Gil Mendoza.

que circula. Es una dificultad que proviene también de las no pocas mujeres que trabajan en la universidad y que, no reconociendo autoridad a sus semejantas, siguen siendo súbditas de los cánones masculinos, atrapadas en los “miedos interiorizados”, como ya señalaba Adrienne Rich<sup>1</sup> a principios de los años 70.

Desconocimiento masculino y falta de independencia simbólica femenina se alían, por tanto, para prolongar inútilmente una cultura unilateral mutilada y mutiladora, privada de autoridad femenina, que hace que la vida universitaria y las instituciones educativas sean cada vez más estériles, además de ser una pérdida neta para la civilización humana: porque cuando una cuestión toca a las mujeres, toca a toda la humanidad.

No es casual que las instituciones formativas tradicionales -excepto las escuelas infantiles y de primaria, que todavía viven bajo el signo del amor y de la primacía de las relaciones- se estén convirtiendo, cada vez más, en lugares resignados y tristes para quien aprende y para quien enseña, lugares que mortifican el deseo. Su esterilidad no puede ser compensada con la superabundancia de reglas, programas, proyectos o, lo que es lo mismo, instrumentos del poder (que más bien la refuerzan) ni por el intercambio indecente y ficticio de una enseñanza utilitarista ofrecida como mercancía por el crédito -en realidad, un pagaré en blanco- adquirido con vistas a obtener un futuro lugar en el mundo, según la lógica empresarial.

Cuando las amigas de Duoda me pidieron que trajera aquí mi trayectoria (la pedagogía de la diferencia sexual y el movimiento de autorreforma) me encontré con la dificultad de dar cuenta de un tejido tan amplio y rico de relaciones, de prácticas, de simbólico. Y más aún, quizá, advertí el riesgo de recorrer el pasado con una mirada nostálgica en la que me habría quedado enredada. Por eso preferí asomarme fuera de la trayectoria, sin perderla; es más, tratando de recuperar sus elementos vitales para volverlos a proyectar

en nuevos movimientos de transformación. Y de una transformación en curso, interior y externa, he decidido hablar, empezando por un presente que está dentro de mí y que pide entrar en el intercambio.

He propuesto en el título la expresión “volver a empezar” para subrayar la urgencia de la orientación indicada por esta perífrasis: dar nuevos inicios a la transformación de nuestros vínculos con el mundo y al mundo mismo, ahora que la libertad femenina ha ocurrido (aunque haya que seguir ganándola una y otra vez en el tiempo). No con la mirada orientada hacia el futuro, sino en el presente, y sin la presunción (masculina) de crear de la nada; a lo sumo, con la conciencia femenina de que para volver a empezar es necesario reconocer lo que nos ha precedido, proyectar de nuevo algo originario y partir de raíces reencontradas. Volver a empezar depende de nosotras, pero no en el sentido de un activismo voluntarista, por el contrario, al menos para mí hoy, casi desde una posición de pasividad. Una pasividad gracias a la cual puedo reconocer que de alguna manera “me independe” (con palabras de Clarice Lispector) no solo la realidad del mundo, sino también esa parte de cambio del mundo de la educación, mucha o poca, a la que muchas hemos contribuido en las últimas décadas. ¿Qué quiero decir con esto? Confío en que otras, otros, en particular las más jóvenes y los hombres alejados del patriarcado, se hayan dejado enamorar por ese deseo que nos ha movido durante estos años, y sigan siendo un nuevo inicio para que la realidad cambie junto y gracias también a ellas y ellos. Confío en su deseo de un más de felicidad y de estar ahí libremente en primera persona, en relación con otras u otros, para que el mundo pueda hacerse según nuevas visiones. Hablo de pasividad como una actitud de apertura a la vida en todas sus expresiones, incluidas las dolorosas y conflictivas, sin la cobertura de ficciones, y sostenida por la confianza de poder encontrar, al menos de vez en cuando, palabras mediadoras de un sentido libre. Una pasividad atenta que nos consienta hoy ponernos a la escucha de un presente atormentado, para reconocer en

él aperturas de posibilidades imprevistas, por pequeñas o poco visibles que sean, y dar un sentido libre, propulsor, a signos de nuevas iniciativas emergentes, incluso fuera del feminismo de la diferencia como lo hemos conocido, si bien, como diré más adelante, de alguna manera estén unidas a él, a través de hilos subterráneos. ¿Por qué siento que es urgente volver a empezar? Por amor al mundo, para que el mundo sea más habitable para todos, pero también -y quizá se trate de lo mismo- por amor a (un poco de) mi felicidad, pero que no sea solo la mía.

Volverse niños (niñas), volver a la infancia, es una vía que María Zambrano muestra en *Notas de un método* a aquellas personas que quieren volver a ser criaturas, saliendo de una realidad fija y repetitiva, la de la modernidad, que se enrosca sobre sí misma de manera nihilista, haciéndonos infelices.

María Zambrano y, con ella, otras pensadoras, al poner en el centro el pensamiento del nacimiento y la lengua de la madre como fondo inagotable de creatividad para la recreación de nosotras mismas y del mundo, hizo un desplazamiento simbólico radical, una conversión que nos ofrece orientaciones para la vida, la política y la educación, tres dimensiones que el pensamiento masculino ha mantenido separadas (o completamente coincidentes en regímenes de pensamiento único), condenándose así a un afán continuo por cuadrar las cuentas y, a menudo, envileciéndose por no conseguirlo.

María Zambrano invita, por tanto, a reencontrar la disposición propia de la criatura en la que sentir y pensar, pasividad y actividad, interior y exterior, cuerpo y palabra no están divididos, y en la que está presente la máxima apertura al transitar, trascendiendo desde el ser que ya se es hasta el ser que se busca, y al sentir la vida donde está y donde todavía no está. Volver a la infancia es un movimiento del presente más que un regreso al pasado. Es un volver a empezar, entendido como transformación

para ir hacia algo que todavía no sabemos, hacia una vida que no está todavía, pero con la confianza que nos viene del mantenerse en contacto con el corazón vivo de la experiencia pasada y con la capacidad, aprendida en la relación materna, de nutrir la realidad con palabras de sentido que sean nuestras pero no solo nuestras. Es, en definitiva, un corresponder al nacimiento como promesa. Y volver a empezar requiere suspender posiciones que considerábamos definitivas, requiere exponerse en primera persona con otras (y otros), evitando percibir las ganancias simbólicas de estos años como un tejido acabado de pensamiento-palabra, en el que apoyarse cómodamente. Y, por tanto, es en parte también un desaprender palabras cuando éstas se usan como consignas, palabras de autorreconocimiento identitario que corren el riesgo de convertirse en hitos de un lenguaje cerrado y autorreferente. Desaprenderlas para aprenderlas otras vez, o también para cambiarlas y buscar otras nuevas, volver a aprenderlas entrando en el intercambio creativo entre la lengua, otras y otros y el mundo, con el vínculo de la verdad de un pensamiento de la experiencia, que tenga la fuerza de despertar, de encontrar junto con lo visible lo invisible, de transformarse y transformar. Necesitamos también un espacio vacío, vital para estar en el presente con momentos de intensidad, porque solo viviendo el presente desde el interior con todos los sentidos, nuestra conciencia puede abrirse a formas de vida aurorales y prometedoras, que vuelvan a poner en movimiento el tiempo y a nosotras/os con él, porque atraen nuestro deseo: de lo contrario, permanecemos en la superficie de la realidad dada, con la que terminamos por coincidir, aun sin quererlo.

Al final de su hermoso libro *El Amor es el Signo*, Milagros Rivera se/nos pregunta por qué hay tanto saber femenino que no se consuma, y sostiene la idea de que uno de los principales obstáculos de las mujeres de nuestra sociedad occidental es la dificultad de llevar afuera el signo del amor, tan fértil en las vidas femeninas “cuando estamos entre nosotras o cuando reflexionamos a solas (...). Pero al

salir a la calle nos ponemos el burka del mal menor y dejamos que el deseo femenino ceda ante el masculino y espere".<sup>2</sup> Ahora bien, mi idea es que, si queremos sustraernos al burka del mal menor y vivir de verdad la disparidad entre el deseo femenino y lo real, como una llamada a la mediación para hacer entrar con mayor cumplimiento en el mundo signos femeninos y maternos, es necesario interrogar nuestra fuerza y ponérsela libremente a nuestra disposición. La fuerza de abrir y mantener conflictos combatiendo sin odiar, deshaciendo sin destruir,<sup>3</sup> pero también la fuerza de dejar ser, reconocer y replantear lo vital que se presenta en el mundo y que no depende de nuestras iniciativas, sabiendo que no todo está en nuestras manos y que la acción libre y eficaz puede presentarse con rostros inesperados. Pongo un ejemplo: mientras preparaba esta ponencia, en un momento terrible y violento para la política y la sociedad italiana (y no solo italiana), en el que parecen prevalecer el odio, la rabia o el miedo, se multiplican los suicidios de hombres desocupados y parece que lo único que interesa sean los boletines económicos o el epílogo de la vergonzosa lucha de poder por la formación de gobierno, ha circulado en la prensa nacional una noticia que para mí ha sido como una revelación, espero que no solo para mí, pero de esto no estoy segura. La noticia, titulada *Un huerto para renacer*, cuenta una historia pequeña pero con buen sabor, un sabor antiguo como la tierra y bueno como las ideas cuando nacen movidas por el deseo de vida, de sentido y de belleza, frente a la disparidad de lo real. Es la historia de una iniciativa libre de algunas mujeres y hombres de mediana edad, ingenieros, matemáticos, informáticos, que se quedaron sin trabajo como el resto de los dos mil empleados de una importante empresa de telecomunicaciones a raíz de la crisis de la empresa (que ha resultado ser un fraude); una crisis que les empujó a protestas, conflictos, ocupaciones, una guerra inútil. Con la justa dosis de cerebro y con un fuerte sentido relacional de la medida, se han sustraído a las relaciones de fuerza y han reaccionado al desorden con creatividad, inventándose otro

trabajo. Tras arrendar un terreno en la periferia de Roma, lo han transformado en un huerto que, una estación tras otra, les ayuda a dar de comer a sus familias y junto con el alimento material les ofrece, además, alimento para el alma. “Llegas al huerto y encuentras maravillas. El año pasado brotaron dos higueras -escribe Gloria en el diario *online* que acompaña su aventura con reflexiones compartidas y palabras de verdad-, hoy las hemos encontrado llenas de gemas y de frutas”, y añade que la idea de hacer un huerto ha sido una manera de no envilecerse, de no perder la dignidad personal y, sobre todo, la sociabilidad del trabajo, el alimento de las relaciones. Durante las luchas y las ocupaciones, Gloria y una compañera suya llevaban tartas caseras para que no se perdiera el gusto de la civilización de las relaciones, y ahora son las protagonistas reconocidas de esta transformación interior y política. Transformación, así la llaman. Un *salto de ser* que proviene del aceptar conscientemente la propia rendición y desde ahí volver a empezar, manteniendo bien firme el timón del partir de sí y de la práctica de las relaciones: es cierto que hacíamos otra cosa, éramos otra cosa, pero hemos sido capaces de transformarnos, dicen, impulsadas también por el sueño de un mundo mejor, un mundo de diferencias y no de desigualdades. Y no se han parado. Son conscientes de que lo que ha producido el cambio radical es el haber hecho de la propia condición de carencia, afrontada con la fuerza justa, una palanca para el deseo de un más, y ahora reconocen que “tanto el hacer tartas como el cultivar el huerto restituyen humanidad, crean nuevos hábitos, establecen ciclos con tiempos naturales”. De hecho, junto con las plantas crecen las personas, las relaciones, los saberes, en un horizonte más amplio y libre de intercambio de bienes materiales e inmateriales, aun siendo frágil y estando expuesto al riesgo, donde se lleva lo que se es y se tiene. Como aprender a hablar de nuevo, reencontrar la matriz carnal, afectiva y simbólica de la lengua materna, una lengua viva que ayuda a salir de la visión o solo individualista o solo colectiva del problema, y a tejer una nueva trama de sentido, que reabre la relación consigo

mismo, con los demás, con lo otro de sí, y predispone a aprendizajes que desde las raíces pueden crecer hacia el cielo. No se trata de una experiencia aislada; también en Barcelona como en otros lugares la crisis ha permitido redescubrir antiguas prácticas de vecindad, de reciprocidad, entre ellas los huertos comunitarios. Lo que me ha impactado de la pequeña historia que he traído aquí es, sin embargo, la prevalencia de un significado que va más allá de finalidades solidaristas o instrumentales, que a menudo connotan iniciativas como estas. Un significado que lleva el signo de la diferencia femenina y que he sentido resonar en otras prácticas de libertad ya conocidas, otras escuelas de vida y de convivencia, donde en lugar del poder circula autoridad femenina, es decir, autoridad. Y no he podido evitar recordar al menos a las Madres de la Plaza de Mayo, mujeres comunes cuya empresa memorable de llevar a la plaza la autoridad materna tuvo la fuerza de vencer a un poder absoluto. Para rendir homenaje al 35 aniversario (2012) de su Asociación, las Madres crearon el laboratorio “Cocinando política... sin que se queme”, donde en el aprendizaje de la libertad por parte de jóvenes y adultos se enlazan el cultivo de los huertos ecológicos, el estrecho vínculo entre comida y política, la propiedad de semillas y frutas, la potenciación de las relaciones. Pero también he pensado en las escuelas de verdad, como el CEIP Nuestra Señora de Gracia en Málaga, que tuve la suerte de conocer gracias a la orientación inteligente de Inma Gómez y a la mediación de Nieves Blanco, dos mujeres que desde hace años trabajan juntas desde posiciones institucionales distintas pero con una apuesta política compartida, por una educación que definiría “el arte de vivir y de convivir humanamente”, y a las que reconozco autoridad simbólica y no solo competencia pedagógica. O las prácticas que ha narrado Pilar Tormo al recorrer su larga experiencia de maestra, y otras que hemos conocido durante estos años a través de los relatos vivos de las amigas de “Sofías”. Los cursos de “Germanes de Shakespeare”, una invención con la que María Lluïsa Cunillera, poniendo plenamente en juego el sentido libre de su diferencia femenina, ha ofrecido

a sus alumnos y alumnas experiencias vivas de transformación de sí y mediaciones para estar en el mundo con palabras de verdad. O las escuelas italianas que documenta la película *L'amore che non scordo* (*El amor que no olvido*), que algunas de vosotras ya conocéis y que ha circulado mucho en Italia. Un documental fruto del deseo de mujeres, en primer lugar Vita Cosentino y Cristina Mecenero, que se han expuesto públicamente con su autoridad y con la fuerza de sus relaciones, en un momento histórico de ataque continuo a la escuela italiana, mortificada por reformas insensatas y por el progresivo descrédito por parte de los responsables institucionales, para visibilizar las muchas cosas buenas que maestras corrientes con sus niños y niñas, madres y padres, crean cada día: a menudo casi un milagro, y ciertamente un elemento primario de la obra de civilización y un ejemplo de política primera. Escuelas radicadas en la vida y que ponen en el centro la vida con sus singularidades y con sus movimientos materiales e inmateriales también imprevistos y a veces caóticos, pero de los que emerge un orden profundo de sentido, fruto no de técnicas o de acciones con objetivos concretos, sino más bien de modos de ponerse personalmente en juego en las relaciones. Modos en los que por vía experimental se sopesan riesgos y deseos, obstáculos externos y obstáculos interiores, y se encuentra, en cada momento, la justa medida en la relación.

Protagonistas son las mujeres. Educar, aprender, crear y compartir cultura a través de la palabra y la relación viva, sin solución de continuidad entre casa, escuela, ciudad o mundo, es el modo preferido por las mujeres de hacer civilización, a partir de las relaciones humanas y de las relaciones con la tierra que nos alberga. En esto consiste hacer civilización, comprometerse para que no prevalezca la ley del más fuerte o la ley ciega de la casualidad: un compromiso constante, nunca definitivo, con el que cada época tiene que confrontarse. Una tarea política: por eso la pedagogía de la diferencia y el movimiento italiano de autorreforma de la escuela asumieron desde el

principio el carácter de apuestas políticas, de política de lo simbólico, para quitarle terreno a las relaciones de poder y transformarlas en relaciones orientadas por el principio de autoridad. Hoy el desmoronamiento de las construcciones históricas y mentales patriarcales, empezando por las instituciones políticas y pasando por un progreso técnico-científico que a menudo crea más problemas de los que resuelve, está produciendo un desorden y una violencia tan difusos y aparentemente imparables, una tal disparidad de relaciones de fuerza -dinero, armas, leyes que defienden a los poderosos, control de los medios de comunicación, etc.- que hacen caer a la mayor parte de las personas comunes en una sensación de irrealidad e impotencia. Parece como si los puntos de referencia estables y compartidos de una civilización hubieran dejado de existir. Y en este tiovivo infernal también están atrapadas las instituciones escolares y formativas del siglo XX, que a duras penas se salvan en su mejor parte, es decir, allí donde hay una preponderancia femenina.

Pero el dar clase, investigar, intercambiar saberes, enseñar y aprender, están tomando otras formas y otros espacios, cercanos a las necesidades y a los deseos de la vida de cada día, a la experiencia personal y compartida que entra en círculo con la palabra a partir de sí y se convierte en competencia circulante, sustraída de la dependencia de los expertos. Existe ya una realidad difusa y móvil de lugares auto-organizados y de prácticas de autoformación, a menudo vinculadas con la invención de nuevas formas de trabajo que responden al placer de crear con el pensamiento y con las manos junto a otros. Formas de vida asociada que, sin evitar conflictos fecundos con la realidad existente, activan un intercambio libre de bienes, palabras y gestos, reinterpretan la trama entre necesidades y deseos, límites y recursos, reavivan el sentido de la responsabilidad hacia el mundo del que formamos parte, dan valor a las diferencias y crean saberes y aprendizajes buenos para vivir de manera más libre y feliz. A veces, por iniciativa de alguien que reconoce su valor, atraviesan las

escuelas y universidades, revitalizándolas. Más a menudo, sin embargo, se ignora su potencial transformador, de respuesta a una necesidad difusa de nuestro tiempo y de arrastrar fuera del capitalismo patriarcal agonizante. Y sin embargo ¿cómo no reconocer en estas formas emergentes algo del *College* pobre al que Virginia Woolf pedía destinar la primera guinea? ¿O muchos de los rasgos de las empresas culturales y políticas femeninas autónomas? ¿O el hilo subterráneo de esa toma de conciencia que hemos llamado “saber que se sabe”,<sup>4</sup> la confianza de poder encontrar en la relación con otras las propias medidas del saber, sustrayéndose así a la alienación de saberes especializados, segmentados; de cultivar y custodiar esa competencia simbólica que es un bien primario de todos/todas y cada cual, un bien fuertemente amenazado en un mundo dividido, cada vez más, entre quien sabe, tiene poder, y quien no sabe y no cuenta nada? ¿Y cómo no reconocer los hilos invisibles pero operativos del movimiento de autorreforma, nacido de escuelas y universidades públicas para apostar por un cambio de las mismas a partir del cambio personal y relacional, de un nuevo simbólico? El principio que inspira estas realidades ligeras y móviles no es el poder sino la autoridad, un principio que desde hace tiempo han olvidado las instituciones educativas, que efectivamente funcionan poco. Son realidades que viven de la práctica de las relaciones y del partir de sí, crean pensamiento de la experiencia y no conocimientos abstractos, a menudo mujeres y hombres participan en ellas con el sentido libre de su diferencia y reconociendo el más femenino. Cercanas al espíritu de la política de las mujeres, ponen en el centro las razones de la vida, el amor en lugar de la violencia, y comunican el sentido de experiencias vivas compartidas, junto con los saberes generados por ellas, que no son especializados ni utilitaristas sino (y por ello mucho más valiosos) útiles e insustituibles: saberes para vivir juntas y juntos. Se crean los contextos y se cuidan las condiciones para que cada una/o se sienta autorizado a expresarse, a desear, a imaginar. Contextos en los que se aprende que la

toma de conciencia mueve más cosas que el pensamiento crítico, que la acción hace modificaciones auténticas más que la reacción, que el conflicto relacional resuelve más que la guerra al enemigo. Podría traer desde Italia muchos ejemplos que conozco, pero soy consciente de su presencia en muchas zonas del mundo. Son ya política, si la política, como nos invita a pensar Luisa Muraro, es el movimiento libre del alma y de los cuerpos, donde antes existía sumisión a los más fuertes y a la casualidad, y son elementos de promesa y de apertura en el presente, hacia los que hay que mirar con confianza. Con la confianza que viene del repensar nuestro imaginario sobre el cambio social, como nos invita a hacer Vita Cosentino:<sup>5</sup> no como un cambio revolucionario y excepcional, a la manera masculina, sino como metamorfosis, una transformación desde el interior extendida y radical como puede ser el paso de oruga a mariposa. Las metamorfosis no son lineales y requieren tiempos largos, pero se nutren de pasos o pasajes del ser repentinos, y de conflictos. Conflictos fecundos como los que hemos abierto con los hombres de nuestras casas, y que están llevando a un número creciente de ellos a inventarse formas de paternidad no patriarcales, obteniendo sentido y placer; o en los espacios públicos, donde algunos, por ahora pocos, están apostando junto con otros y otras por la puesta en juego del sentido libre de su diferencia, también en la educación.<sup>6</sup> Y los conflictos fecundos con mujeres jóvenes que están interpretando el feminismo a su manera, autónomamente, pero también a nuestro lado y con el sentido genealógico de su posibilidad de libre significación. Hoy, junto a hombres que comparten con nosotras una apuesta política por la educación a partir de la propia diferencia, sentimos que es útil intentar hablar con mujeres partidarias de las políticas de género en la escuela y en la universidad, incluso abriendo conflictos, que esperamos sean fecundos. El conflicto, cuando no es instrumental y no aspira a la autoafirmación, da la posibilidad de precisar la propia posición y el propio deseo, así como de crear convergencias sin caer en alianzas confusas. Superar el paralelismo de

recorridos que no han comunicado entre sí, y cuando lo han hecho ha sido a distancia y con voz crítica, puede ser una vía experimental para salir de una contradicción que es un obstáculo a deseos más grandes. En los últimos años, han proliferado en Italia débiles propuestas que se presentan como feministas pero que siguen el juego de la inclusión. Se multiplican iniciativas de “pedagogía de género”, apoyadas por las instituciones y por un número creciente de expertas/os, que alimentan el mercado de la formación sin provocar desplazamientos, sin política, si esta significa modificación dentro y fuera de sí. Por el contrario, confirman una visión de lo femenino como menos, en un tiempo de la historia que se ha quedado en suspenso y que necesita de todo el impulso creativo de la libertad femenina, puesta a disposición de todos para una nueva narración de la convivencia humana.

Cuando las relaciones entre mujeres son puentes para abrir el espacio político de modificación de lo real y no se cierran en sí mismas con demasiado apego, entonces el mundo se muestra como es, poblado de sujetos con sus diferencias y distancias, algunas incluso radicales pero no insuperables, un mundo complicado por travesías y contradicciones pero, también, abierto a nuevas posibilidades, y siempre a la espera de nuevos inicios: como la vida.

Recepción del artículo: 15 de mayo de 2013. Aceptación: 31 de mayo de 2013.

Palabras clave: Pedagogía de la diferencia sexual - Autorreforma de la enseñanza - Partir de sí - Violencia.

Keywords: Sexual Difference in Education - Self-Reform in Education - Starting with the Self - Violence.

**notas:**

- <sup>1</sup> Adrienne Rich, *Sobre mentiras, secretos y silencios*, trad. de Margarita Dalton, Barcelona: Icaria, 1983.
- <sup>2</sup> María-Milagros Rivera Garretas, *El Amor es el Signo. Educar como educan las madres*, Madrid: Sabina editorial, 2012, p. 255.
- <sup>3</sup> Luisa Muraro, *Dio è violent*, Roma: nottetempo, 2012.
- <sup>4</sup> Anna Maria Piussi, Letizia Bianchi (eds.), *Saber que se sabe*, Barcelona: Icaria, 1996.
- <sup>5</sup> Vita Cosentino, “Che cosa buttare, che cosa tenere?”, *Via Dogana* (103, 2012), p. 9.
- <sup>6</sup> Un ejemplo significativo es la creación de un grupo de práctica y de reflexión, “Transformación”, sobre el ser hombres en la educación, dentro de la Asociación nacional MaschilePlurale. Véase, por ejemplo, el libro colectivo al cuidado de Salvatore Deiana, Massimo Greco, *Trasformare il maschile nella cura, nell'educazione, nelle relazioni*, Asís: Cittadella, 2012.